

guna parte. Salió el 22 á la madrugada, y antes de anochecer se avistó la Española en comarca del golfo de Samaná: de donde navegó felizmente hasta el 25 que dió fondo en el puerto de Monte-Christi.

38 Deseoso de saber si en las cercanías del rio del Oro se hallaría sitio cómodo para poblar, hizo bajar á tierra alguna gente. La qual á poco de andar por un suelo excesivamente húmedo, reconoció dos hombres muertos, el uno con un lazo en la garganta, los brazos tendidos en cruz y atados á un palo. El siguiente dia se vieron mas adelante otros dos cadáveres, y muchas barbas en el rostro del uno; señal cierta de español, pues los indios todos eran desbarbados. Tomóse á mal agüero: si bien quitaba en gran parte los recelos, el venirse á nuestra gente los naturales pacíficos y sin ningun temor. El 27 llega la flota sobre el cabo Santo ya bastante tarde. Dispáranse algunos cañonazos, y no corresponde la fortaleza. Sobre la media noche vienen en una canoa ciertos enviados de Guacanagarí á saludar al almirante con un presente de dos carátulas de oro. Preguntados de los colonos españoles, significaron que habian tenido diferencias, tomado mugeres, separádose unos de otros, y fallecido algunos. Presumióse que todos treinta y nueve serian muertos, como era la realidad.

Así pareció luego al ver quemada la torre, arruinadas las viviendas, fragmentos de cajas y ropages esparcidos por el campo, y hasta once cadáveres de hombres vestidos que se hallaron en diversos lugares. En vano se dispararon los tiros de artillería y mosquetaría todos de una vez, para que si alguno habia salvado la vida oculto entre breñas, acudiese al puerto. Igualmente inútil fué la diligencia de hacer excavaciones y desaguar el pozo de la fortaleza, por si podria encontrarse algun oro escondido. Como en campo robado de enemigos apenas quedó cosa de algun provecho. La comarca estaba desamparada de sus moradores. Unos ú otros se advertian á lo lejos como solevantados y puestos en observacion.

39 Con el buen trato y los regalos que se habian dado á los enviados, y arrojar cascabeles y otras bugerías á los que mas se acercaban, se logró de algunos que fuesen deponiendo el miedo. Unánimes todos declaraban los desmanes de nuestros colonos en punto de mugeres, y en rescatar oro cada uno para sí, y sus facciones y desavenencias extremas hasta venir á las manos: de ahí la muerte de cierto Jácome, el huírse unos tierra adentro, y andarse otros sueltos por las poblaciones. Que estando Arana en la fortaleza con muy pocos, y los mas enfermos, vino sobre

él Caonabó, cacique poderoso de la provincia de Cibao, con innumerable gente, y quemó la torre y las habitaciones de los christianos: sin que hubiese podido impedirlo Guacanagarí, quien salió á la defensa con los suyos, pero fué vencido. El pueblo en que moraba este cacique se halló quemado, y heridos varios de sus vasallos. Con esto se aclararon las obscuras deposiciones de los indios, y se dió por cierto que los españoles dispersos habrian sido muertos por sus insolencias. Lo mismo se entendió haber sucedido á la cuadrilla de los huidos, que internándose por ventura ácia los montes en busca de las famosas minas de Cibao, debieron de alborotar las tierras de Caonabó, é irritar su ánimo. Concurrió al parecer con este en la faccion contra el fuerte de la Navidad el cacique del señorío contiguo al de Guacanagarí por la banda de oeste, llamado Marieni ó Marién. Así lo indicaban muchos indios contestes. No fué posible averiguar los hechos con total certidumbre por falta de intérprete. Los habitantes de la comarca no sabian del castellano mas de algunas palabras sueltas. Ni quedaba ya en poder de los nuestros alguno de los haytíes conducidos á España. El doctor Chanca escribe que solos siete indios salieron de Sevilla con el almirante, y los cinco murieron en la navegacion: que á uno de los

restantes se echó en tierra de Samaná vestido y con algunas cosillas, con encargo, segun añaden otros, de contar á sus patricios las maravillas que habia visto en estos reynos, é inducirlos al amor y servicio de los christianos. El único que permaneció en la flota, era lucayo; y si bien entendia parte del idioma de Haytí, mas no tanto que bastase á disipar enteramente las dudas.

40 Teniendo el almirante por azaroso aquel sitio, pensó fundar en otro mejor puerto. A este fin se reconoció la costa por ambos lados. Fué por el de oriente el capitan Melchor Maldonado en una caravela, y no bien andadas tres leguas recibió mensage de Guacanagarí con ruegos para que bajase á visitarle en un pueblo inmediato. Hallóle echado en su cama colgadiza en ademan de enfermo, con siete mugeres al rededor en otras tantas camas. Sus expresiones confirmaron las noticias que ya se tenian, en particular sobre la venida de Caonabó, contra quien él habia peleado con infeliz suceso, y la desgracia de haber sido herido en un muslo, que mostró envuelto con vendas de algodón. Dió el cacique al capitan y á los principales de su compañía varias piezas de oro, y le significó gran deseo de que viniese á verle el almirante. El qual de que lo supo fué con muy lucido acompañamiento. Guacanagarí manifestó con

lágrimas su sentimiento por la muerte de los españoles, y entre otras muestras de amor le hizo un presente de cintos labrados, cuentas menudas, cierta gorra con un joyél, y tres calabacitas llenas de oro menudo, en que habria cosa de quatro marcos. Sin embargo quedó nuestra gente mal satisfecha de su veracidad y buena fe. El estarse en su hamaca, y la indisposicion se creyó puro fingimiento. Porque desliado el muslo por el cirujano del armada en presencia del doctor Chanca, no apareció el menor vestigio de contusion ni herida. El almirante, aunque tambien perplejo, disimuló, le llevó consigo á las naves, agasajóle con varias bugerías, y en el mismo dia le despachó, asombrado sobre todo de la vista de los caballos. Muchos del armada opinaron que se le debia prender, y se afirmaron mas en este dictamen por lo que sucedió en la noche del siguiente dia. Acudieron á rescatar varios indios en canoas, entre ellos un hermano de Guacanagarí. Este habló con diez mugeres libertadas de los caribes, las quales luego en el silencio de la noche se arrojaron al agua secretamente, de suerte que al echarlas de menos, y salir tras ellas las barcas, iban nadando tan adelante, que solas quatro pudieron recobrase al tiempo de tomar la playa, distante del surgidero mas de media legua. La mañana

próxima se halló desierta la comarca y la poblacion del cacique. Con esto se aumentaron las sospechas contra él, y no faltaron incitadores para que se le buscase y castigase.

41 El almirante desechó las malas sugestiones de la pasion y el poder, que facilmente califican de pruebas qualesquiera indicios. Y temió poner en armada toda la isla, ó á lo menos indisponer los indios para recibir la fe christiana y el yugo del imperio español, prendiendo á un gran señor que no dejaria de tener aliados poderosos. Más bien quisiera grangear de nuevo su confianza, que fuera utilísimo por todos respetos, mayormente para asentar en paz la colonia. Así mandó en su busca segunda vez al capitán Maldonado con trecientos hombres, encargándole al mismo tiempo continuar examinando las calidades del país, sus terrenos y puertos la vuelta de levante. Porque urgia la necesidad de desembarcar la gente, los ganados, mantenimientos y otras cosas. Reconoció Maldonado la costa hasta las cercanías del Yaque sin ver comodidad para fundar poblacion, á causa de ser el terreno generalmente bajo y pantanoso, falto de piedra y demas materiales para edificar, si bien tenia buenas aguas y puertos seguros. Entre estos notó singularmente el de Bayahá, nombrándole por su exce-

lencia Puerto-real. No lejos de él habia un pueblo de treinta bohios regulares puestos á la redonda, y en medio otro mucho mas alto y capaz. Era circular, y su diámetro de treinta y dos pasos grandes; el techo artesonado, revestido de cañas de diversos colores entretegidas con admirable artificio. Al acercarse los españoles se les presenta un indio muy severo acompañado de cien armados á punto de batalla. Pero dada señal de paz, deponen todos su fiereza y se prestan al trato. Por cuyo medio se vino á entender, que aquel indio era el cacique de esta comarca; no Guacanagarí, de quien corrian voces haberse retirado á la sierra.

42 Con tales nuevas vuelve nuestra gente al armada, que salió de la Navidad para Monte-Christi el 7 de Diciembre. Informado de todo el almirante determina seguir al este con intento de poblar en el puerto de Plata. Cinco leguas antes de llegar á él, arribó al de Gracia ó de Martin Alonso, forzado de los vientos que le habian detenido en su marcha con gran fatiga de la tripulacion. No contento de este parage por el corto caudal del rio, retrocedió tres leguas á otro bastante caudaloso, que desagua al lado occidental de una punta de tierra, formando un puerto muy capaz, aunque desabrigado al norueste.

Fondeó allí toda la flota, y empezó la gente á desembarcar por últimos de Diciembre. Halláronse bellísimas disposiciones para establecer la colonia en un llano donde los naturales tenian hecha poblacion junto al mar á tiro de ballesta del rio. Habia copia de piedra, proporcion para conducir agua en acequias, á la espalda un bosque impenetrable, sobre el puerto una peña que facilmente podia fortificarse. El mar abundante de pesca, el terreno fertil, y rio arriba una vega hermosa y dilatada, que los indios decian estar poco distante de Cibao. Dióse principio en nombre de la santa Trinidad, segun expresion del almirante, á la fundacion de una ciudad, que se denominó la Isabela en honor de la reyna católica. Fueron nombrados oficiales de justicia y regimiento; alguacil mayor Pedro Fernandez Coronel; alcayde de la fortaleza Antonio de Torres, hermano del ama del príncipe D. Juan. El dia de la Epifanía 6 de Enero del año 1494 ya hubo capilla en que se celebró misa solemne con asistencia de trece eclesiásticos. Los edificios públicos se construyeron de material con suma presteza. Con igual diligencia procura cada uno de los vecinos disponer su casa, barraca ó choza de madera, cubierta de yerbas ó de ramaje. Plántanse al mismo tiempo diversas semillas y posturas, y nacen

con extraordinaria prontitud y lozanía. Los indios se muestran contentos; y poseídos de admiracion y respeto ácia los españoles, les ayudan, sirven y obedecen, dándoles sus comidas y alhajas á cambio de qualquier fruslería.

HISTORIA DEL NUEVO-MUNDO

LIBRO V.

Al paso que el almirante daba calor al asiento de la colonia, inquiría por todos medios quanto pudiese conducir á su prosperidad. Entre los primeros cuidados despachó una caravela con orden de bojear la isla, para tomar conocimiento de sus costas, límites y extension. Acerca de lo interior solicitaba con frecuentes preguntas á los naturales. Muy presto averiguó de cierto, que la decantada Cibao y sus minas abundantes de oro se hallaban próximas, como á dos ó tres dias de camino. Tan alegre noticia debió regocijar sobre manera los ánimos de nuestra gente: pero se amargó este gozo con haber adolecido repentinamente todos los mas. Casi tres meses de navegacion, el seguir en tierra comiendo carnes saladas y demas vituallas de España añejas y en parte corrompidas, la novedad del clima, de las aguas y de los ayres, les ocasionaron aquel género de calenturas que llamaban ceciones. Sin embargo como estas fuesen benignas